

LIBRO I

EL GRADUADO DE SALAMANCA

1

Ávila, 20 de junio de 1517

No hay sino nacer y morir, lo demás es cosa vana. Bartolomé había escuchado esa frase en innumerables ocasiones a su madre, a quien hacía mucho tiempo que no veía y ahora, que regresaba a casa, su viva imagen vino a su mente como un fogonazo de arcabuz.

Bartolomé, que pensaba que su madre siempre tenía razón, decidió que, por tanto, nada en esta vida debía valer la pena, lo único importante es que se nace y se muere. Nunca antes se había planteado en serio las ideas trascendentes, quizá por su juventud. La religión, que tanta importancia tenía en el siglo que le había tocado vivir, nunca fue primordial para él, tal vez porque le habían obligado a no seguir la fe de sus antepasados. En ello pensaba mientras caminaba, sin prestar atención a su acompañante.

Los dos viajeros, que estaban ya en los arrabales de Ávila, venían por la carretera de Salamanca y se encontraban a la vista de la ciudad, que se ceñía en la colina que tenían ante sí. Bartolomé a sus diecinueve años acababa de dejar los hábitos largos de estudiante, al graduarse en Leyes en la prestigiosa Universidad de Salamanca. Martín de Cepeda, un cómplice de juergas estudiantiles que mantenía algunos intereses en común con Bartolomé, lo acompañaba en su viaje de regreso. Martín no era avilés, sino de Trujillo, ciudad a la que no pensaba volver porque su periodo estudiantil había sido, digámoslo así, un sonoro fracaso. Estudiaba Teología, con intenciones de ordenarse sacerdote, pero sus hábitos talaes habíanse levantado en casas de mancebía de forma tan notoria que fue expulsado con deshonor de sus estudios, que tan religiosamente eran pagados por su padre, un físico muy apreciado en Trujillo. Él tomó la decisión de seguir los pasos de otros paisanos suyos y embarcarse hacia Las Indias, con el propósito de convertir infieles y hacerse perdonar sus excesos con la carne, por parte de Dios y del físico-cirujano.

Habían caminado la última legua, porque los carreteros, que por unos pocos maravedíes se habían prestado a acercarlos en sus carretas, iban a

Segovia, sin hacer escala en Ávila. Pararon en un humilladero, por todos conocido como Cuatro Postes, obra inconclusa que debía de haber contenido una imagen de San Sebastián. En su lugar se erigía una gran cruz de piedra, levantada en el centro de una plataforma cuadrada, que allanaba las irregularidades del terreno, con cuatro columnas monolíticas en las esquinas, rematadas por un arquitrabe que las unía, sin que se techara el conjunto con ningún entablado, o cúpula, como figurara en el proyecto inicial. El objeto de los humilladeros es que los viajeros, que se alejan o llegan, tengan lugares de recogimiento, donde poder elevar plegarias de buen augurio o, por el contrario, rezos de agradecimiento, según se inicie o concluya el viaje.

Los estudiantes, poco habituados a caminar, ni a otro tipo de ejercicio, llegaron tan cansados que, en lugar de arrodillarse, se sentaron pesadamente en el pavimento pétreo del monumento.

—¡Uf! ¡Qué ganas tenía de que mi cuerpo fuera sostenido por mis posaderas! —dijo Bartolomé, pasándose una manga por la frente. El mozo era garrido y de estatura elevada, rubio de sus cabellos y agraciado de rostro. Su condiscípulo, por contraste, no excedía la talla media y era bastante moreno.

—Si yo me hubiera sentado como tú, de un golpe, hubiera derramado las aguas del Jordán —dijo Martín, soltando una risotada.

—¿Qué dices? ¿Has perdido la cordura por el cansancio?

—Mira —Martín sacó un frasco de un fardel que traía atado en la parte trasera de su calzón—, este frasco contiene las aguas santas del río Jordán. Quería contártelo por el camino, pero no me pareció oportuno por la compañía de los rústicos que nos traían.

—¡Una reliquia! —se admiró Bartolomé—. ¡No la habrás robado para pagarte el viaje que vas a hacer a Las Indias! —Martín incrementaba su risa, tanto que no podía responderle—. Ya recuerdo —continuó Bartolomé—, te vi despedirte de algunos profesores y les dejaste santiguarse mojando los dedos en esas aguas. Y a mí ni siquiera me las has ofrecido...

Martín se estaba descalzando, al igual que su compañero y, al oír ese comentario, la carcajada fue tan estruendosa que se dobló como un ovillo, causando que el frasco cayera de sus manos al suelo. No se rompió y un corcho que lo cerraba impidió que se vertiera el contenido. Bartolomé, más indignado que asombrado, corrió a detenerlo, pues no paraba de rodar por el suelo, pendiente abajo, hacia el río, que se interponía entre el

humilladero y las murallas de la ciudad. Lo trajo con un cuidado que no hizo más que incrementar las risas de su compañero. Martín comenzó a sacudir su calzado contra una de las columnas de piedra, mientras la risa entrecortaba sus siguientes palabras:

–Te contaré... Te contaré... Puedes ungir tus dedos en las aguas del Jordán si lo deseas... Pero te aconsejo que esperes mi historia que... Te contaré... Si puedo...

Bartolomé devolvió a Martín el frasco, temeroso de sus extrañas reacciones, y tuvo que aguardar unos instantes a que templara su risa. Esperó sin pronunciar palabra, pues había comprobado que cada cosa que decía incrementaba la hilaridad de su amigo. Se quitó la tierra que habían ganado sus pies desnudos en su carrera tras el frasco, sacudiendo también a continuación sus borceguíes contra una de las columnas del humilladero. Por fin, Martín estuvo en condiciones de continuar hablando:

–Mosén Diego de Carasona...

–Caracastaña –cortó Bartolomé.

–Sí, Mosén, Caracastaña, fue quién intrigó para que se interrumpieran mis estudios y no se me permitiera ordenarme...

–Y no le faltaron razones, habrás de admitir.

–Bueno, no le faltaron razones, pero tampoco eran suficientes para acabar con mi carrera eclesiástica. Caracastaña supo que yo frecuentaba el barrio de mala fama cabe el río, pero lo que no quiso creer es que dejaría de frecuentarlo en cuanto me ordenara, a diferencia de otros colegas suyos que lo siguen visitando. Y sé los nombres, porque me los ha dicho la Trucha, esa puta de la casa de la Botija, que tú –remarcó especialmente esta última palabra– también conoces.

–No te pierdas y vete al grano –se impacientaba Bartolomé. Mientras, terminó de sacudir su último borceguí–, que tenemos que concluir el viaje y ya tengo ganas.

–Resumiré entonces. Pero debo decir primero que me he replanteado mi futuro, aunque entonces sufrí grandísimo tormento, porque mi vocación era sincera. Ahora me atrae la aventura que voy a emprender, sirviendo a Dios de otra manera, con la espada, en lugar de con la palabra.

–Resume, Martín, resume –Bartolomé ya se calzaba, pero Martín se extasiaba en sus palabras de forma desesperante.

–Espera, que presto te lo diré. Cuando me expulsaron, me sumí en la pesadumbre y caí de en manos del demonio, el mundo y la carne... Acabé

emborrachándome en casa de la Botija. Pensaba tirarme al Tormes para que me comieran los parientes de la Trucha. Congregué una pequeña parroquia de gente a mi alrededor oyendo mis pesares. Y fue entonces cuando la Botija me dijo que yo debía morir... Y renacer en una nueva persona. Sería una muerte fingida, que dejaría atrás todo lo que me había pasado y así renacería como un niño, con todo un futuro por delante. La nueva vida vendría con un bautizo... Con aguas santas traídas del río Jordán... –Martín volvió a reír, después de un rato de contenerse—. Yo estaba tan abatido que me dejé conducir en la ceremonia sin protestar. Me llevó frente a una mesa que se apoyaba en una pared de la taberna. Pidió a todos, clientes y meretrices, que hicieran un corro alrededor mío. Los clientes, algunos borrachos, estaban poco interesados en el rito que se iba a celebrar y tuvieron que emplearse las mancebas en convencerlos. Ellas eran las únicas que conocían lo que iba a suceder, pues la Botija lo había oficiado en alguna otra ocasión –Bartolomé ya estaba totalmente interesado en el cuento. Mientras hablaba, Martín terminó también de calzarse—. Entonces llegó Benita la Coja, con una jarra de loza de Talavera tapada con un paño y se la entregó a la Botija. Casi abultaba más la jarra que la puta –volvió a reír—. La Trucha se subió a la mesa, acompañada de otras dos meretrices y tomó la jarra que, como verás era un señuelo para hacerme creer que era el agua bautismal. La Botija, poniéndome una mano en la frente y la otra en la nuca me agachó la cabeza y comenzó a hablar en latines... O eso le parecerían a cualquiera de los parroquianos, ya que entre ellos no se hallaban estudiantes ese día. No dijo más voces que las que había memorizado sin comprender: *Pax domini sit semper vobiscum. Qui non intrat per ostium fur est et latro. Orbis ita...* Y otras más de este porte. Bajó entonces la mano de mi frente cerrándome los ojos, momento en el que oí una risotada general que me alarmó. Luché por levantar la cabeza y librarme de las manos gordezuelas de la Botija y conseguí zafarme con el tiempo justo de ver llegar a mi rostro las “aguas del Jordán”. Pude comprender con rapidez de qué reían todos. La Trucha era sostenida por sus colegas a la manera de sillita, con las piernas bien separadas y la falda remangada por la cintura, haciendo surgir la fuente de la confluencia de ambos muslos –volvió a reír de nuevo, esta vez acompañado por Bartolomé—. El caso es que aquel bautismo funcionó y a partir de entonces me replanteé mi vida. La risa y la alegría estaban a este nuevo lado y, como prueba de ello, me hice con unas provisiones de “aguas del Jordán” para

despedirme de mis antiguos profesores.

–¿No me digas que recogiste los orines del suelo?

–¡Qué va! Tan santa es la Trucha como otra puta cualquiera, que otra de ellas fue la que me llenó el frasco, siendo bendecido de nuevo con latinajos.

Ahora rieron conjuntamente ambos amigos, por un tiempo más prolongado.

–¿Y el Caracastaña...? –comenzó Bartolomé, cuando pudo serenarse un poco.

–El Caracastaña y el resto de los ilustrísimos preceptores –concluyó Martín– se persignaron con las aguas del “jordán” de la Coja, que es así como desde entonces yo denomino a esa parte íntima de las damas. Así que tuve que ir de nuevo a proveerme de más aguas santas, como amuleto para mi viaje.

Ambos se ponían de pie, sin parar de reír, recogiendo sus zurrones, cuando una mano tocó desde atrás el hombro de Bartolomé.

–Mucha algazara veo para tratarse de un lugar santo –dijo el recién llegado, que estaba secundado por otros dos, mozos como él.

–Gonzalo –dijo Bartolomé al reconocerlo y se quedó pálido–. Me has sobresaltado.

–¿Y si te atravieso con mi espada, como el infiel que eres?

–Soy cristiano bautizado, lo sabes de sobra.

–Un cristiano que se está burlando de un lugar sagrado y que sacude su sucio calzado en él... ¿Haría eso un cristiano de verdad?

A Martín todavía no se le había borrado del todo la sonrisa y no comprendía si los recién llegados, que sin duda conocían a Bartolomé, ¿iban en serio o no se trataba más que de la broma de unos amigos? Pero el rostro de los tres era tan grave que le hizo dudar.

–Llevamos andado mucho camino, acabamos de terminar los estudios y estamos alegres de llegar a casa... Estamos cansados... –intentaba justificarse Bartolomé.

–¿Y por eso en lugar de arrodillaros en el humilladero, le sacudís el polvo del camino? –intervino el que estaba a la derecha de Gonzalo, llamado Ramiro, también viejo conocido de Bartolomé.

–Me avergüenza que parezca lo que no es –se humillaba Bartolomé, ante la incomprensión de Martín.

–¿Tu amigo también es un perroputomoro? –dijo Gonzalo.

– Los dos somos cristianos, bautizados cuando éramos niños.

–¿Pero tu padre no ha mucho se llamaba Abdalá? ¿El suyo cómo? ¿Yosef, o tal vez Abraham o Samuel? –concluyó el cabecilla señalando a Martín, el cual iba a intervenir, pero no pudo porque se lo impidió Bartolomé, tirándole del brazo e interrumpiendo su previsible respuesta indignada.

–Gonzalo, te pido perdón en nombre de la amistad que teníamos cuando éramos zagales. Voy a vivir en la Calle de Andrín y seremos vecinos, vas a necesitar me, como tu padre al mío...

–¡Ah, sí! Mi nuevo vecino, que acaba de terminar sus estudios en la universidad para luego trabajar de menestral con sus manos de villano, prestando dineros a usura a los cristianos viejos.

Bartolomé hincó una rodilla en el suelo y le ofreció su daga a Gonzalo, ante el estupor de Martín.

–Si no me crees buen cristiano acaba ahora mismo con mi vida, y ahórrame tu desprecio.

Intervino entonces el tercero, Juan, el único que no había hablado, tirando del brazo de Bartolomé para que se levantara y, dirigiéndose a Gonzalo, dijo:

–Déjalo ya, se ha humillado mucho y es de sobra conocido que asiste a misa y come cerdo. No podemos llevar esta afrenta más adelante.

Juan se llevó aparte a Bartolomé para concluir la cuestión, pasándole un brazo por el hombro y girándole en dirección contraria al resto de congregados. Gonzalo quedó un tanto indeciso, pero se le apaciguaron los ánimos cuando vio a Martín conversando con Ramiro, al que tampoco debía parecer mal concluir la disputa. Martín no pensaba humillarse de igual forma pero, como aún no le había desaparecido su buen talante, logró entablar una conversación distendida, contestando las curiosidades de su interlocutor sobre Salamanca y contando chascarrillos de estudiantes. Bartolomé no dejó de mirar de reojo a su compañero, por si se trataba de una encerrona, separándolos a ambos para desigualar una previsible pelea. Pero tras un breve espacio de tiempo hablando de temas banales con el mancebo que le había tomado por el hombro, volvieron a reunirse los cinco. Luego Bartolomé y Martín se despidieron, encaminándose hacia el puente, para cruzar los arrabales del sur. Mientras, eran observados desde el humilladero por los entrometidos.

Caminaron ligeros y Martín trató de animar a su amigo, el cual no

despegó los labios en todo el trayecto. Iban ya caminando por el barrio de la Trinidad cuando Bartolomé, por la proximidad de su casa, dejó de ensombrecer el semblante.

–Has de saber –dijo Bartolomé– que debía evitar la disputa, porque Gonzalo es el hermano de Inés. Voy a pedir su mano y lo que no deseaba era ganarme enemigos que pudieran influir en la decisión de su padre. Bastante complicado lo tengo ya y, a fin de cuentas, seremos familia y esto será olvidado.

–Pues la hemos cagado... –se expresó gráficamente Martín, añadiendo un gesto grosero.

–Ya estamos otra vez con tus burlas.

–No, creo que esta vez no te va a hacer gracia, pues para limar asperezas le di pruebas a tu cuñado de lo buen cristiano que soy y le enseñé la reliquia que, según le dije, me había traído de Tierra Santa un pariente... Acabé regalándole el frasco de las aguas del Jordán.

–No puede ser...

–Como te lo cuento. Terminó disculpándose, diciendo que se había comportado así contigo porque no consiente burlas a la religión, pero que cierto es al fin que fuisteis amigos de zagales. Que siempre se comporta como corresponde a un hidalgo y a un caballero católico... Que a su madre le iba a ofrecer la reliquia.

–No puede ser...

–Sí. Le recomendé que su señora madre mojase brevemente los labios en las aguas santas, ya que el largo viaje podía haberlas corrompido y tendrían un sabor desagradable, como a orines.

–No puede ser... Bartolomé, súbitamente indignado, intentó sacudir un puñetazo a su amigo, que lo esquivó y echó a correr haciendo quiebros, sin parar de reír.